

Las cofradías, que abarcaban casi toda la nación, eran asociaciones mutuas de oraciones y sindicatos contra la condenación; tenían cuenta corriente con el cielo, y la contabilidad de algunas de ellas produce una impresión de espanto: la asociación de las once mil vírgenes, de Colonia, tenía en su haber 6.455 misas, 200.000 rosarios, 630 millones de *Padrenuestros* y *Avemarías*; para entrar en ella, había que recitar 11.000 veces ambas oraciones. Todos los años salían centenares de millares de peregrinos para buscar en los santuarios más venerados promesas de salvación. De cuando en cuando soplabla una ráfaga por una provincia, y se llevaba poblaciones enteras. En un año fueron á Einsiedeln 130.000 peregrinos en un día, 142.000 á Aquisgrán; contando cuanto se quiera con la exageración de los cronistas, siempre quedará una cosa fuera de duda: el desorden y confusión de las almas.

**DESEOS DE REFORMA; MÍSTICOS Y HEREJES.**—Mucho antes de la época de Lutero, no se contentaban con aquella devoción meramente ostentosa. En la Iglesia misma había pastores que no creían terminada su misión con el cobro de los diezmos. Tuvo Alemania en la Edad Media predicadores ilustres, como David de Augsburgo y Bertoldo de Ratisbona († en 1272); más adelante, el maestro Eckhart, Enrique Suso (1300-1366) y Tauler (1290-1361); en el siglo XV, Geiler de Kaisersberg (nacido en Schaffhouse en 1445, muerto en Estrasburgo en 1510). Sus sermones y sus escritos denotan una piedad sincera y un calor y una sinceridad de emoción admirables. Multiplicáronse los libros edificantes, como comentarios morales y traducciones de la Biblia y del Evangelio.

Todo pensamiento de rebelión era odioso á aquellos predicadores y escritores, de espíritu acostumbrado á la humildad y á la resignación. Á pesar de ello, eran sospechosos á la Iglesia. Ni siquiera encontraron más favor en el clero los hermanos de la Vida común instituidos por un discípulo del místico neerlandés Juan Ruysbroeck (fallecido en 1381), por el célebre Gerardo Groot de Deventer, uno de los precursores del humanismo en Alemania, y en quienes se fué

atenuando y tranquilizando el entusiasmo de los primeros místicos.

Otros fueron más adelante. En muchos púlpitos resonaron quejas contra las exacciones pontificias, contra la insolencia y la corrupción de los curas. Los más atrevidos dirigieron más bien sus ataques al sistema que á los hombres. Juan de Goch (muerto en 1435) proclamó la autoridad absoluta del Evangelio, haciendo de la gracia la única condición de la salvación, y Lutero había de reconocer como antecesor inmediato á Juan Wessel de Groninga, fallecido en 1489.

Estaba el suelo como minado por el trabajo de zapa de sectas muy diferentes y que conocemos muy mal, pero cuyos progresos y persistencia se señalaban algunas veces con bruscas explosiones. Del siglo XIII al XV, á pesar de una represión implacable, begardos y lollardos se transmitieron las doctrinas panteístas; habían desaparecido los disciplinantes, que á mediados del siglo XIV estuvieron á punto de provocar una revolución política y social á un tiempo, pero Joaquín de Flove y el «Evangelio eterno» en que se habían inspirado, conservaban prosélitos más ó menos declarados; los valdenses, muy numerosos en la Alemania del Sur, tomaron pie en Austria, Turingia, Prusia y Brandeburgo, y bajo la influencia de los hussitas acentuaron su oposición. Aunque las rivalidades de raza habían dificultado en Alemania el adelanto de la herejía bohemia, penetraron sordamente en algunos sitios las doctrinas de Wycliffe, que fué el verdadero precursor de Lutero y el adversario más serio con que tropezó la Iglesia antes de la Reforma.

¿Cuál era la fuerza de aquellas varias sectas heréticas, el número de sus prosélitos, el alcance extremo de sus reivindicaciones? Lo ignoramos, pero en aquellos tanteos y rebeliones oscuras, como en la devoción enfermiza de los súbditos fieles de la Iglesia, se revelaba la inquietud universal, la necesidad de una revolución; el progreso de la ciencia, los grandes descubrimientos que abrían al espíritu horizontes desconocidos, eran otros tantos excitantes que aumentaban la fiebre. La alquimia y la astrología celebraban su triunfo, y la Iglesia, espantada

por aquel desencadenamiento de las curiosidades humanas, consagraba tales maniobras con sus terrores. Los procesos por brujería eran como la señal sangrienta de aquella época. En 1484, Inocencio VIII encargó á tres dominicos que buscaran y castigaran á los brujos de las diócesis de Salzburgo, Brema, Tréveris, Coblenza, Colonia y Maguncia. En 1489, Jacobo Sprenger y Enrique Institoris publicaron su libro el *Martillo de las Brujas*, que se ha hecho clásico. Dios tenía incrédulos, pero Satanás no tenía escépticos: escolásticos y humanistas, ortodoxos y herejes. Lutero, lo mismo que los demás, creían en el poder del diablo y en su intervención perpetua en los negocios humanos. De todas las creencias de la Iglesia romana, ésta fué la que costó más trabajo abandonar á los protestantes.

**LOS PRELUDIOS DE LA REVOLUCIÓN.**—Mientras Italia, avisada y escéptica, se consolaba de la decadencia de la Iglesia con las ganancias que sacaba del papado, en

Alemania, una raza más seria, más prendada del más allá, caía en una especie de prostración desesperada y agitada por sueños calenturientos. Poetas, libelistas, predicadores, todos clamaban por una revolución, anunciaban la aproximación del Antecristo, del ángel exterminador que, con aletazo enorme, barriera las nubes y purificara la atmósfera infestada. La Iglesia, por ser la más culpable, habría de ser la primera víctima. Esparcíanse las doctrinas socialistas y comunistas, é invadía á los privilegiados sordo terror.

La guerra de los campesinos había de ser la última y más terrible de las explosiones revolucionarias que agitaban hacia un siglo

el imperio. Después de las cacerías de judíos en que se habían revelado durante el siglo XIV las iras envidiosas é igualitarias de las masas, los motines en las ciudades, las conjuraciones y las ligas en los campos; señalaron el progreso de las ideas demagógicas. Poco á poco fué haciéndose el movimiento más extenso y profundo. En las provincias más remotas, repetían profetas oscuros las palabras del tamborilero de Niklashausen: (1) «los bienes de los señores

serán confiscados, degollados los curas, los príncipes y nobles ganarán el pan con el sudor de su frente». Las represiones atroces no evitaron que la revolución retoñara. La historia de la Alemania del Sur menciona, desde mediados del siglo XV, una serie casi continua de tentativas de insurrección y de ligas agrarias, algunas de las cuales, como el *Zueco* y el *Pobre Conrado*, adquirieron verdadera celebridad; el alboroto se propagó por Suiza, Carintia y Turingia. La rebelión de Dozsa, que inundó á Hungría en sangre

(1514), tuvo ramificaciones muy remotas en el imperio, y los motines de los obreros urbanos respondían con regularidad lígubre á las sublevaciones de los campos.

**EL HUMANISMO.**—La insurrección tenía su programa; no le faltaba más que un jefe. Los descontentos clamaban por la llegada de un emperador que protegiese á la nación contra las exacciones de Roma y á la plebe contra la tiranía de nobles y de príncipes; esperaban de él remedio para los dos males

(1) Juan Boheim era un pobre pastor y músico ambulante; en una peregrinación á Niklashausen, se le apareció la Virgen y le mandó que predicara la revolución; sus discursos tuvieron inmensa resonancia, pero fué preso y quemado en Wurtzburgo (1476), y su muerte atajó la inminente rebelión.



Retrato de Maximiliano I, por Rubens

esenciales de Alemania: el materialismo romano y la anarquía política. Bajo aquel influjo, el impulso procedente del extranjero se apartaba de su cauce y se transformaba; el humanismo tomó también al Norte de los Alpes un carácter muy particular.

Se suele relacionar la Reforma con el Renacimiento, saludando á Erasmo y á Reuchlin como precursores de Lutero, pero este punto hay que aclararlo. Es indiscutible que las doctrinas filosóficas, importadas de Italia por los humanistas, solían concertarse bastante mal con la enseñanza ortodoxa; los discípulos de las letras antiguas no escatimaban los sarcasmos á los defensores del método viejo que dominaban en la mayor parte de las universidades, y los neo-platónicos abrumaban con su desprecio á los representantes de la escolástica, pero no pensaban ciertamente en echar abajo la Iglesia. La mayor parte de los humanistas eran católicos sinceros; muchos deseaban una reforma, pero la esperaban de la misma Iglesia, y sus anhelos no iban más allá que los de los Padres de los Concilios de Constanza y Basilea. Sostuvieron, y en cierto modo aumentaron la agitación general, pero no la crearon, ni previeron ni aceptaron sus consecuencias últimas.

Los primeros humanistas alemanes fueron, sin embargo, discípulos directos del Renacimiento italiano; como éste, estaban prendados del ideal antiguo y se habían hecho medio paganos en la escuela de romanos y griegos. Marsilo Ficino y Pico de la Mirandola les habían enseñado, con el culto á Platón y el odio á la escolástica, un concepto nuevo de la vida; apartaban la vista del reino celestial, y su indiferentismo tolerante miraba con cierto desdén los ritos y los dogmas. Conrado Celtes (1459-1508), el mejor dotado de los poetas humanistas alemanes y fundador de las célebres sociedades literarias del Rin y del Danubio, Muciano, canónigo de Gotha (que llevó al combate contra los bárbaros escolásticos á la cohorte de Erfurt), Eoban Hess, Euricio Cordo, Croto Rubiano, etc., pusieron en tela de juicio algunas de las verdades esenciales del cristianismo. Aunque siguieran siendo muy alemanes bajo otros aspectos y se manifestara

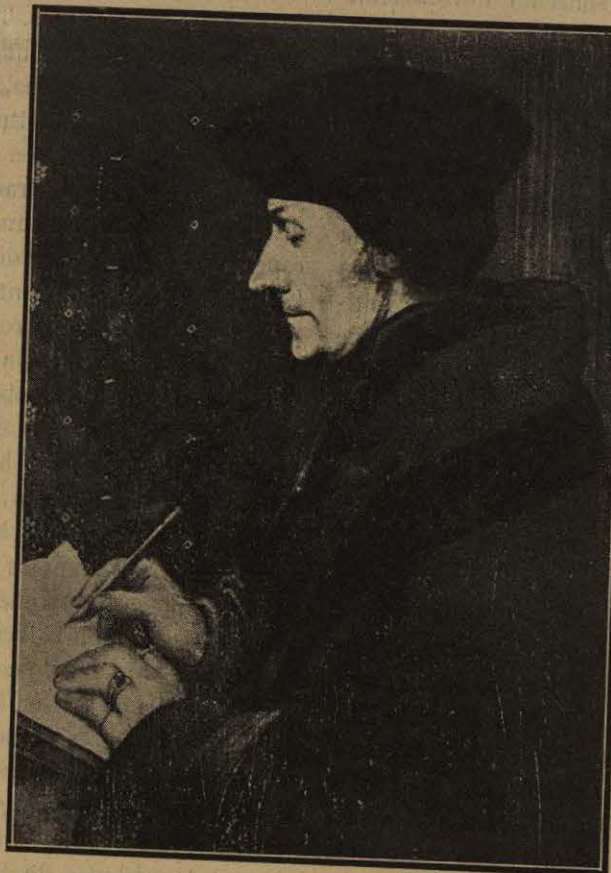
su patriotismo en sus trabajos históricos y en su culto á las tradiciones nacionales, su osadía filosófica bastó para hacerlos sospechosos á la muchedumbre; en un pueblo que no había dejado de ser profundamente cristiano, la voz de aquellos paganos no despertaba ningún eco, sus adeptos eran pocos y su influencia escasa.

Asombrados los italianos por la repulsión instintiva que despertaba el Renacimiento en Alemania, la atribuían á la pesadez de su ingenio y á su ignorancia. Esta injusticia suele presentarse con frecuencia en los juicios que unos pueblos forman de otros. En realidad, la afición á la ciencia era muy grande en Alemania, y la instrucción estaba muy extendida. Las diez y siete universidades fundadas en menos de siglo y medio, si no contaban con muchos profesores eminentes, tenían una muchedumbre animada y estudiosa de alumnos. Los establecimientos de primera y segunda enseñanza, aunque no desarrollados en la misma proporción, eran bastante numerosos. Los métodos se perfeccionaban. «El secreto maravilloso, el arte divino», la imprenta, divulgada y extendida desde 1462, llegaba oportunamente para responder á la necesidad de instrucción, más general cada día, y para acrecentarla al mismo tiempo. Dícese que el año 1500 poseía Alemania más de mil imprentas; Nuremberg, «la perla del imperio», su almacén de artes y oficios, tenía 25; la feria de los libros, que empezó en el siglo XVI, fué una fuente de riqueza para Francfort.

Por todas partes se manifestaba el deseo de una ciencia más viva, de una instrucción menos formalista y más substancial, y discípulos y profesores acercaban los labios sedientos á los manantiales fecundadores de la antigüedad, pero se negaban á pagar con una apostasía el auxilio solicitado. El humanismo no ejerció influencia amplia y general hasta que se desprendió de los excesos de los primeros días. El Renacimiento tuvo que hacerse alemán y cristiano para conquistar á Alemania. El estudio de las letras antiguas tenía que servir principalmente para la edificación de las almas: en las escuelas de los «hermanos Jerónimos de la vida común» los nuevos métodos pedagógicos tenían por

principal objeto el fomento de la devoción; el más notable de sus discípulos, el hermano Rodolfo Agricola, se mandó enterrar con hábito monástico. En Alsacia, la escuela célebre de Schlestadt estaba dominada por las mismas preocupaciones religiosas, y lo mismo para Rodolfo Lange que para Luis Dringenberg y para Wympheling, la erudición debía ser servidora de la fe.

Decayeron entonces las desconfianzas con que se había acogido á los primeros humanistas, y las universidades abrieron sus puertas á los poetas. Sin embargo, todavía conservaron los alemanes su sangre fría en aquellos momentos, y aunque, aceptando como maestros á los latinos, no renegaron de su pasado. Los ricos patricios de Augsburgo, de Nuremberg y de Ulm, como Pentinger y Pirckheimer, tan ins-



Retrato de Erasmo, por Hans Holbein (Museo del Louvre)

truidos y tan aficionados á la literatura y al arte, como los compañeros de Lorenzo el Magnífico ó los cortesanos de León X, conservaron visible predilección por las tradiciones nacionales. La *Nave de los Locos*, de Sebastián Brant (1494), la *Conjuración de los Locos* y la *Cofradía de los tunos*, de Tomás Murner (1512), denotan bien la forma en cierto modo exterior en que actuaron sobre Alemania las influencias antiguas; las continuas reminiscencias y la erudición, fastidiosa á veces, del autor, no alteran su inspiración fundamental, tomada directamente de orígenes populares. Lo mismo ocurre con el arte ale-

mán, que debió al Renacimiento un ideal superior de armonía y belleza, pero siguió conservando un carácter muy independiente. Los cuadros de Alberto Durero traducían el alma misma de la nación. Versado en todos los secretos del arte extranjero, Durero no le pidió más que procedimientos, pero no inspiración; en sus obras reviven su tiempo y su pueblo. Su conmovedora *Melancolía* es

Alemania, que, cansada de tanto esfuerzo inútil y tanta ilusión fracasada, se entrega á la voluptuosidad amarga de padecer. Pero la noche no había de ser eterna, y el *San Jerónimo*, del mismo año que la *Melancolía* (1514), tan confiado y tan sereno, habla á la gran Insaciable de fe serena y consoladora. Ya se acercaba el libertador: es el célebre y extraordinario *Caballero* de 1513, que cabalga, con su brillante armadura, desdeñoso

de la noche horrible y del diablo que tiende hacia él las garras.

ERASMO.—Muchos tomaron á Erasmo por aquel libertador, por aquel caballero vencedor de la superstición. En aquellos años tan aprovechados, que fueron como la flor radiante de la humanidad renaciente á la esperanza y á la vida, en la época de Miguel Ángel, de Durero, de Rafael, cuando Budé renovaba el estudio del griego y Reuchlin fundaba la ciencia hebrea y Copérnico discurría su libro sobre las revoluciones de los globos celestes, todas las glorias se eclipsaron ante la de aquel literato que conquistó

un reino en el humanismo. Aquel hijo del acaso, cuya juventud creció sin caricias y sin alegrías, arrojado al claustro á los veinte años por un cansancio precoz, y que, curado pronto de sus ilusiones vagó por todas las carreteras de Europa, necesitado y sospechoso, ejerció en los espíritus un dominio casi oficial. Los reyes y los papas, los cardenales y los príncipes solicitaban el honor de cartearse con él, y sonreían devotamente cuando les disparaba alguna pulla.

*Erasmiano* era como sinónimo de excelente y de infalible. Cuantos sentían el culto de la verdad ó pasión por las letras se proclamaban discípulos suyos. Aplacaba, fortalecía y consolaba. Discípulo directo de los neoplatónicos de Florencia, no sacrificó la religión á la filosofía, sino que persiguió la reconciliación del cristianismo con la antigüedad; de ello esperaba el advenimiento de un período de luz y de paz en que el mundo, emancipado por fin de los odios, de las contiendas de dogma y de los litigios de escuela, adelantara confiadamente hacia un ideal cada vez más etéreo de ciencia y de pureza moral.

Por cálculo, á fin de no perder su influencia, por cierta indiferencia moral de la cual no se libraron los mejores humanistas, tuvo miramientos con los jefes de la Iglesia, pero nadie vió mejor los vicios del siglo ni los indicó con mano más implacable. Poseía el olfato que percibe el sofisma de las cosas y la osadía del ingenio que no amordazan las tradiciones. En los *Adagios*, que enriqueció sin cesar de 1500 á 1515, y en los *Coloquios* (1519) discutió el sistema monárquico y la propiedad individual con una franqueza que recuerda á Moro. En el *Euchiridion militis christiani*, y principalmente en el *Elogio de la locura* (1511), la viveza y la gracia del estilo, la evidente sinceridad del escritor, aquella mezcla sabrosa de amargura y de ironía, de ligereza y de vigor que todavía nos encanta hoy, renovaron el asunto más sobado que entonces se podía imaginar: la sátira de los vicios del clero. El *Elogio de la locura* fué traducido á todas las lenguas, y en pocos años se agotaron 27 ediciones. Por encima de los hombres vislumbró Erasmo la verdadera causa del mal; el mosaísmo, la

invasión de la fórmula, del rito, de las prácticas. ¿No dijo el Cristo: Yo soy la verdad y la vida? Pues á él hay que volver. ¿Qué le importan al fiel las contiendas de los teólogos, y cómo han de dar la salvación ceremonias vanas? «Atrás esos nuevos fariseos; no conozco más que una ley, y nadie habla de ella.» Esta ley viva, manantial siempre fresco de esperanza y de reposo, se le ha arrebatado á la humanidad, y desde entonces se revuelve en las tinieblas. Traed de nuevo la luz al mundo, devolviéndole el Evangelio.

Avecindado en Basilea, junto al célebre impresor Froben, en situación admirable para actuar á la vez en Alemania, Italia y Francia, consagró Erasmo el fin de su vida, los años más fecundos quizá, á una especie de resurrección de la Iglesia primitiva; al *Nuevo Testamento*, que tradujo y publicó en 1516, sucedieron rápidamente las obras de los padres de la Iglesia San Juan Crisóstomo, San Ambrosio, y más adelante San Agustín y Orígenes, el mismo año de su muerte (1536). Erasmo ha sido juzgado á veces con mucha dureza, y las debilidades de su carácter explican la severidad de sus enemigos, pero bien las compensan aquel esfuerzo inmenso de trabajo y aquella admirable abnegación á la idea que perseguía.

Era menos audaz de corazón que de pensamiento. Empleaba en la interpretación y crítica de los libros sagrados una franqueza racionalista que los reformadores nunca conocieron, pero le repugnaba toda rebelión violenta. Basta mirar su retrato, popularizado por los dibujos de Holbein, para comprender que aquel hombrecillo enfermizo de facciones consumidas, de labios delgados había de horrorizarse de los gritos, de las discusiones estrepitosas; sus ojos perspicaces penetraban demasiado en el juego de los partidos para que se sometiera á ninguno. Se vengaron de su clarividencia tratándole de renegado. En realidad, su reserva dependía de causas generales. El humanismo, aunque muy desviado de sus tendencias primitivas y aunque por la importancia creciente que daba á las cuestiones religiosas se hubiera aproximado á las preocupaciones populares dominantes, no había penetrado en el fondo del alma del pueblo; no colum-

braba más que los síntomas de la enfermedad, y su medicina empírica no destruía la raíz del mal. No alimentaba odio alguno contra la curia y desconocía las angustias que atenaceaban las conciencias. Los abusos que denunciaba no desalentaban su optimismo, y los remedios que pregonaba no prometían al pueblo lo que más deseaba: la certidumbre de su salvación. Hablaban de razón á almas necesitadas de fe principalmente, y de reforma á insurrectos. Entre Erasmo y Lutero, aunque durante algún tiempo parecieron obrar de acuerdo, no cabía inteligencia posible.

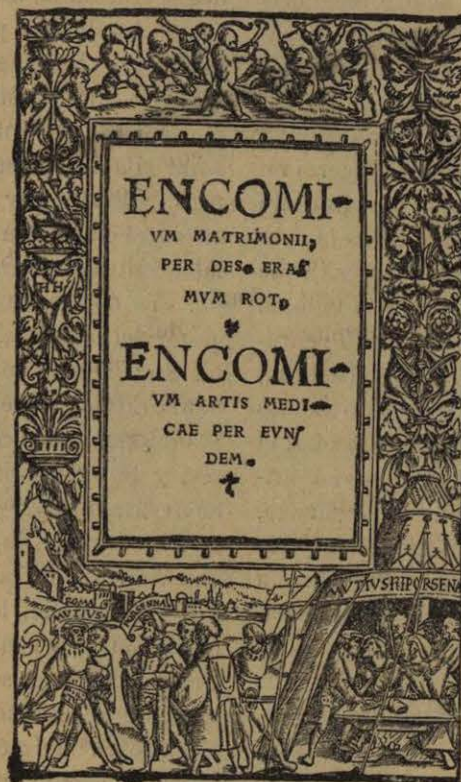
REUCHLIN Y LAS «EPISTOLE OBSCURORUM VIRO- RUM».—Erasmo tuvo la primera intuición de la violencia de las pasiones que amenazaban á la Iglesia cuando la célebre contienda que en visperas de la Reforma enzarzó, acerca de Reuchlin, á partidarios y adversarios de la tradición. Surgió el conflicto por una cuestión incidental, y el héroe de la pendencia se quedó muy asombrado y algo desconcertado al oír el estrépito que dió

relieve á su nombre. Reuchlin, que siguiendo una costumbre generalizada entonces, había tomado el nombre de Capnion, no tenía nada de jefe revolucionario, y se le cuenta entre los humanistas por una extensión de calificación bastante arbitraria. Muy religioso, sumiso á la autoridad eclesiástica, tímido y pusilánime, desconfiaba de las «sirenas de la antigüedad» y pretendía restaurar el cristianismo primitivo, lo cual le había inducido á la lectura de los libros hebraicos. Algunos maestros de la Universidad de Colonia, que seguía siendo la ciudadela de la escolástica, como el profesor Pfefferkorn, judío convertido, y Hoogstra-

ten, prior de los dominicos, llevados por un celo muy intempestivo, vieron en aquellas investigaciones una amenaza á la ortodoxia y pidieron que fueran quemados los comentarios al *Talmud* y á la *Kabbala*. No muy contentos con aquel ardor tumultuoso, el papa y el emperador trataron de echar tierra al asunto, pero hacía un siglo que las triquiñuelas de los escolásticos habían exasperado á los partidarios de los métodos nuevos, y

seguros de sus fuerzas querían tomarse el desquite y abrumar á los defensores de una filosofía trasañeja con su desprecio y su odio. El «combate de las tinieblas y las luces» fué como el primer ensayo de movilización del ejército revolucionario, y en el calor de la acción, los defensores de Reuchlin no se contentaron con disparar contra los dominicos y la curia, sino que atacaron más de una vez á toda la organización eclesiástica y hasta la esencia del cristianismo. Las *Epistola obscurorum virorum* (1516-1517) entregaron á la mofa popular á los frailes con su ignorancia y su intolerante

mezquindad de espíritu. Reuchlin desautorizaba á aquellos defensores que le comprometían, y Erasmo, admirando el numen de aquellos libelistas, lamentó su brutalidad y la injusticia con que se trataba á todos los defensores de la Iglesia de gavilla, de idiotas y bribones. Veía trastornada su táctica y perturbada su moderación por la intrusión brusca de un elemento popular al cual importaban poco las elegancias del latín ciceroniano y que no tenía afición alguna á las medias tintas y á los pactos. El jefe invocado por la muchedumbre, el verdadero caballero Libertador, no era un semilatino como Erasmo, sino un verdadero alemán que



Portada de un libro de Holbein

había padecido sus angustias, había conocido las mismas crisis de desesperación y de duda, y cuya sonora voz había de predicar la libertad y la fe.

## II.—Lutero: Reforma y revolución

LUTERO EN EL CONVENTO.—Lutero había nacido en Eisleben el 10 de Noviembre de 1483. Su juventud había sido dura. Su padre era un pobre leñador y su madre llevó más de una vez á la humilde morada los haces de leña que había recogido en el bosque próximo. En Magdeburgo, en Eisenach, adonde le enviaron á seguir sus estudios, iba con sus compañeros, cantando de puerta en puerta, para mendigar el sustento. Durante aquel áspero período de aprendizaje la simpatía de Úrsula Cotta, rica burguesa, que lo sacó por algún tiempo de aquella vida de miseria, constituía su único recuerdo venturoso. En Erfurt, donde estudió Derecho, conoció á algunos humanistas, pero menos le cautivaron las letras que la filosofía; el futuro adversario de los escolásticos fué primeramente su discípulo, estudioso y sumiso, y aquellos estudios dejaron en él indeleble huella. De pronto, y con gran desesperación de su padre, cuya ambición habían lisonjeado los primeros triunfos de su hijo, entró Lutero á los veintidós años en el claustro de agustinos de Erfurt, el 17 de Julio de 1505.

Su resolución acelerada, no determinada, por diversos incidentes dramáticos, fué ante todo el resultado de la inquietud moral que de tiempo atrás le atormentaba. Sufrió el mal del siglo. Era aquel mismo vacío en el corazón, aquella misma angustia frente á un Dios enmudecido que en la misma época, según los temperamentos y las circunstancias, lanzaba á los extremos de la devoción ó de la herejía á cuantos no hallaban en el mosaísmo oficial consuelo y paz suficientes. Apasionado y exagerado, entenebrecido además por los padecimientos de su juventud y por una educación de una severidad casi bárbara, torturado por una imaginación ardiente, Lutero pidió al convento lo que no le habían dado el mundo ni el estudio: la paz del alma.

Fué un modelo de religiosos: «Si se pudie-

ra entrar en el cielo por ser buen fraile, seguramente entraría yo, dijo más adelante. Si aquello hubiera durado mucho, me habría martirizado hasta morir á fuerza de oraciones, lecturas y otros trabajos.» Pero el convento exasperaba los padecimientos de aquella alma exuberante. Ni las maceraciones, ni los estudios teológicos, ni siquiera la ordenación (1507) amenguaron las angustias de aquel corazón en que parecía clamar la desesperación de un pueblo entero. Sentíase como obsesionado por el odio á sus propias faltas, por la imagen terrible de un Dios fuerte y celoso. «Me he atormentado hasta morir, para dar á mi corazón desgarrado y á mi conciencia agitada la paz con Dios, pero rodeado por horribles tinieblas, no encontré esa paz en ninguna parte.» Se rebelaba contra el formidable juez que le asediaba. «Yo no amaba á aquel Dios, justo vengador del pecado; le odiaba, y había en mí un gran murmullo, si no llegaba á blasfemia.» El vicario general de la orden, Juan Stanpitz, se burló con suavidad de sus terrores, y le aplacó predicándole la confianza en Jesús, «que en vez de espantar, consuela». La lectura de los grandes místicos, de San Agustín, de las epístolas de San Pablo y del Evangelio, le enseñó que la primera condición de la penitencia es la confianza en Dios. Poco á poco se iba acercando á la doctrina de la *justificación por la fe*, sostenida siempre en la Iglesia, y de la cual nunca había renegado el Pontificado, pero que había ido cayendo en desuso, velada por el fariseísmo oficial.

Lenta fué la convalecencia de Lutero; seguía siendo hijo dócil de la Iglesia, y condenaba las violencias de los partidarios de Reuchlin; su célebre viaje á Roma en 1511 no había modificado sus sentimientos, y si contribuyó á desencadenar su espíritu de rebelión, fué mucho más tarde, y á manera de recuerdo. Llamado á la universidad de Wittenberg, su ardor extraordinario para el trabajo, su abnegación, el calor de su elocuencia le granjearon en seguida el afecto de los estudiantes; les enseñaba la única sabiduría infalible, la «sabiduría de la cruz», fuente de toda paz y ancla sólida de la vida. «La justicia no consiste en las obras, sino en

la fe, la esperanza y la caridad; creyendo y esperando en Dios mereceremos el nombre de justos. Manchados con el pecado original, somos incapaces de cumplir la ley, pero Cristo la cumplió por nosotros, es nuestra justicia, nuestra santificación y nuestra redención.» Lutero estaba ya en las fronteras extremas de la herejía y el incidente más insignificante podía ponerlo en pugna con la Iglesia, cuyo poder socavaba, cambiando de lugar en cierto modo el centro de la vida religiosa.

LAS INDULGENCIAS.—Desde 1513 celebraba el Renacimiento en Roma su triunfo con León X. Los recursos ordinarios de este papa no bastaban para los caprichos de su política; las necesidades de su política; siguiendo una tradición constante, recurrió á la venta de indulgencias y abrió el tesoro de las gracias á

los fieles que contribuyeran con su dinero á la construcción de la catedral de San Pedro. El negocio, desde el punto de vista comercial, estaba muy bien organizado: el joven Alberto de Brandeburgo, arzobispo de Maguncia, se encargó de su alta dirección en Alemania; se confió la venta al dominico Tetzl, muy experto en tales materias, y los Fugger, grandes banqueros de Augsburgo, estaban interesados en la empresa.

Aun admitiendo que haya algo de leyenda en las bufonadas charlatanescas atribuidas á Tetzl, aquel tráfico de los bienes espirituales tenía que armar un escándalo.



Lutero (De un grabado antiguo)

La teoría de las indulgencias, tal como se había desarrollado desde el siglo XIII, se adaptaba con lógica perfecta al conjunto de la doctrina católica. El sacerdote que renueva diariamente en el sacramento del altar el sacrificio del Salvador, es mediador necesario entre el cielo y la tierra y dispensador de la salvación; ¿por qué no ha de auxiliar á la debilidad humana, permitiendo al peca-

dor redimir con una limosna la pena en que ha incurrido? Desgraciadamente esa limosna, que no debería ser más que una prueba y como una consecuencia del arrepentimiento, había acabado de hecho, ya que no en doctrina, por casi suprimir la necesidad de tal arrepentimiento. Aunque la cuestión de las indulgencias fuera en sí de importancia secundaria, estaba íntimamente enlazada con aquella secularización de las cosas

de la fe que estaba en el fondo de todas las acusaciones lanzadas contra Roma, y todo ataque sobre este punto era tanto más peligroso cuanto que el mal aparecía en él con escandalosa evidencia.

En las 95 tesis que exhibió Lutero en la puerta de la iglesia de Wittenberg el 31 de Octubre de 1517, no discutía la autoridad pontificia, ni siquiera la teoría de las gracias eclesiásticas, pero algunas de sus afirmaciones tenían un alcance que él no sospechaba. «Todo verdadero cristiano—decía—, vivo ó muerto, tiene derecho á todos los bienes de Cristo y de la Iglesia. por don de